

# LEJOS DE KAKANIA

Carlos Pardo



«No hay amigos, sino momentos de amistad», anotó en su diario íntimo Jules Renard. Fiel a este espíritu, y con la rara mezcla de crudeza, emotividad y humor que caracteriza el estilo de Carlos Pardo, *Lejos de Kakania* es una inclemente disección de la amistad y de la caducidad de los afectos. También, un estudio de los encantamientos del arte y de nuestras frágiles identidades culturales en la periferia del mundo de consumo. Después de haber fracasado en los estudios, el narrador regresa a su ciudad para cuidar de su madre y competir con su hermano por el cariño familiar. Hasta que conoce al poeta Virgilio López y juntos emprenden un viaje a las fuentes de la alta cultura, la Kakania de Robert Musil, el Imperio Austrohúngaro... o a sus exiguos restos en la Europa del final del milenio. Amistad y poesía podrían convertirse en la sublimación de una realidad mediocre. Y en una impúdica lucha de egos. Con una sorprendente hibridación de géneros, de la farsa al verso medido, de la novela de 'ilusiones perdidas' a la autobiografía sociológica (V. S. Naipaul y Annie Ernaux como maestros), Carlos Pardo lleva un paso más lejos la pregunta sobre el territorio de las ficciones en el siglo XXI. 'Hay tantas digresiones magníficas, tantas bromas buenas y diálogos tan divertidos que no creo que nadie pueda abandonar la lectura.' Juan Marqués, *El Mundo*

# **LEJOS DE KAKANIA**

Carlos Pardo

*Para Julián Rodríguez, por regalarnos tu  
amistad y tu sabiduría.*

## **Aclaratoria**

*Esto es una obra de ficción. No obstante, el autor ha modificado algunos nombres por respeto a quien no querría reconocerse en la impudicia de un personaje literario.*

*... dice a su juventud, a su divino  
tesoro dícele: solo espero  
que pases para servirme de ti.*

CARLOS MARTÍNEZ RIVAS

*Amistades de las que hay  
que respetar las cenizas.*

JOUBERT

*... siempre llego demasiado tarde  
a mí misma.*

JUDITH BUTLER

# **PRÓLOGO**

# LA EXTREMADA BONDAD DE LOS POETAS

## 1

Anoche hubo tormenta eléctrica. Pongamos que estoy en el año 2006, aunque puede ser 2005 o 2007, a finales de agosto, en la línea 1 de metro después de haber dormido en casa de mi madre. En el patio no llovió, pero escuchamos truenos. ¡Dale, ahí va otro!, repetía mamá.

–A mí me viene mejor salir temprano de aquí para coger el tren en Chamartín. MJ se queda en Madrid, pintando –dije, pero no era verdad.

Es decir, he madrugado porque el tren sale a las nueve menos cinco, pero de Atocha, no de Chamartín. Es la primera vez que Virgilio me deja ir a su pueblo, y este es el motivo de que haya discutido con MJ.

Si racionalizo con unas palabras en las que no me reconozco (y que, no obstante, son exactamente las que definen el problema), la situación es muy sencilla. Me he aburrido de mi amigo. Y necesito aclarar:

- a) Si es mi culpa.
- b) Si es una pérdida importante o un inevitable cambio de vida.
- c) Si de verdad es aburrimiento.
- d) Cómo superar el dolor.



Virgilio y yo mantenemos una nueva distancia antinatural. Está a la defensiva, pero asustado de estar a la defensiva; y yo a la expectativa y temeroso de estarlo. De ahí los silencios. También hemos perdido la capacidad de bromear en términos comunes.

Vive a cien metros de la casa de sus padres. Después de mucho insistirle he conseguido que me invite, pero a mí solo, y MJ no puede creer que Virgilio sea, además de machista, tan traidor a nuestra amistad, porque invitarme solo supone negar una parte de mi vida, que es ella. Además, siempre parece que él cede un paso y ahí estoy yo como un idiota para ayudarlo. También yo soy un traidor por viajar sin ella.

Pero el resentimiento de MJ es más general: le aburre nuestra vida. Ayer solo dijo tres frases: «No sé con qué dinero vamos a arreglar el calentador», «Desde luego tenemos gustos diferentes». Y, la última, antes de que me escapara a casa de mi madre: «Me amargan tus horarios».

Mis horarios: diez horas al día, dos semanas seguidas sin un domingo de descanso. Luego tres días libres en los que leo y estudio las asignaturas que he dejado para septiembre (volví a matricularme). Estoy a punto de terminar mi libro de poemas.

Así que después de una siesta traumática junto a la respiración distendida de MJ, y luego su silencio, me fui a Las Vistillas, donde las parejas siguen tumbándose a cualquier hora, y yo también me tumbé, con un libro, temiendo una sórdida discusión si regresaba a casa. En la sierra, al fondo, seguía la calima.

Pero no abrí el libro, intranquilo, como si me hubieran defecado en la cabeza, dice Bernhard en *Maestros antiguos* (y ahora lo intento con *Corrección*), y pienso que hay un motivo añadido al asunto Virgilio y la tensión doméstica con MJ, un matiz de asco respecto a mi propia vida, ahora que he dejado de ser un poeta desconocido y han

empezado a invitarme a lecturas en pequeñas ciudades de provincia (con la consiguiente burla de MJ).

Anoche mamá veía una serie de detectives sin dejar de adivinar la trama de un capítulo que, por lo demás, ya habíamos visto juntos. Cenamos en el salón una especie de butifarra que había en la nevera. Luego saqué de la cómoda varios cuadernos de mis diarios. Los guardo dentro de una bolsa de gamuza de unas desaparecidas botas de mi madre. Mamá me interrumpía la lectura:

—¿Por qué vas a casa de ese capullo?

—Ha vivido en Valencia y ahora ha tenido que volver a su pueblo.

—Ese se ha echado novia y ya no quiere saber nada de nosotros.

—El pobre está sin trabajo y sin novia.

—Dile que es un traidor.

—Ay, mamá.

—Estoy muy decepcionada.

En mi habitación seguí leyendo los diarios hasta las tres de la mañana. Apenas he dormido con los truenos. Y he leído en el desayuno. Mamá tiene la misma cafetera rota de la que escribo.

El diario está lleno de observaciones de ese tipo. Ahora he perdido la capacidad de observación. Aplico mi inteligencia a un montón de saberes inútiles que no dejan resquicio. En un blog que sigo, el otro día, se formaron dos bandos. Para uno la realidad no existe; para el otro, la realidad tampoco existe pero, si te lanzan un cuchillo, te apartas. Más de doscientos mensajes en los que todos hemos opinado sobre lo óntico y lo ontológico. Y a MJ le decepciona que pase tantas horas de mi última semana de vacaciones delante del ordenador. Nunca salimos juntos. No vamos a la sierra donde, de todas maneras, hace demasiado calor para caminar.

Pero también discutimos cuando paseamos juntos: en Roma, durante el corto viaje de la semana pasada. Por

cualquier tontería, aunque luego nos reconciliábamos. Cada vez estamos más solos, solos los dos juntos y sola ella cuando llega del trabajo o descansa los fines de semana y yo aún sigo en la librería. Y también sola ahora que la dejo en Madrid, nuestra última semana de vacaciones, acudiendo al rescate de mi amigo Virgilio, que no la ha invitado a ella pero yo sé que ni siquiera tenía ganas de invitarme a mí.

Además del libro de Bernhard, llevo tres cuadernos de diarios en la mochila. El tren llega a Cerrillo pasadas las tres y media. Hago cola delante de unos actores y dos probables andaluzas con botas camperas.

Subo al tren a las nueve menos cinco.

## 2

Mira que es fea la salida de Madrid. El polvo almidonado, las carreteras y naves y casas de ladrillo visto. Y aun así, en este anticlímax (hangares y polígonos), cuando me imagino ya a la altura de Toledo (y es Fuenlabrada), fantaseo con la idea de una nueva vida donde nadie me conozca.

Si yo saliera a caminar hacia el oeste, como sugería Thoreau, esto es lo que encontraría: naves, carreteras con manchas de aceite, pequeñas aceras valladas y matojos.

A esta ficción en la que me voy a vivir a cualquier sitio, a un pueblo extremeño donde no trabajo diez horas seguidas todos los días (durante dos semanas, sin descanso el domingo) no le permito la impertinencia del excesivo realismo ni la fidelidad al recuerdo de lo que ha sido cada vez comenzar de nuevo en alguna ciudad donde el romanticismo no compensaba el aburrimiento, sino que le sumo un aliciente literario: la nueva civilización nacerá en

aquellas tierras despobladas, Extremadura, Go west! Y visto así, mi amigo no es desafortunado, de nuevo en su pueblo, Cerrillo. Hay algo catártico en recomenzar protegido por la potencialidad del nicho familiar. Casi lo envidio. Pero Virgilio tiene treinta y tres años y una costumbre de fracaso vital.

Hace poco salió otra crítica de su libro. Le afeaban a mi amigo su «presencia socioliteraria», algo que cualquiera que lo conozca sabe que no es verdad: Virgilio ha decidido desaparecer del mundo literario. Eso dice y, en cierto sentido, también lo hace. Pero yo, que lo conozco mejor que nadie, yo, que sé de verdad cómo es mi amigo, ¿no pienso que, aun quejándose, es ciertamente una «presencia socioliteraria», que incluso se ha aprovechado del medio literario, para el que ha trabajado y sigue trabajando (ahora desde Cerrillo, redactando informes para una editorial), si bien quejándose y haciéndose la víctima?

Virgilio dice que no soporta el mundo literario, y parece que por mundo literario entendiera lo que yo represento.

En la estación de Talavera sube un vendedor con patatas y dulces. Todavía no son las diez. El tren vuelve a ponerse en marcha y una familia, padre, madre y niña, en diagonal desde mi asiento, comenta con otro pasajero (una coronilla calvirrubia) el previsible retraso. Nunca funciona el aire acondicionado, añade la madre con acento extremeño. Papá hace ruiditos con la lengua y el paladar. Y aunque esta noche no he dormido apenas y me siento propenso al mal humor, de repente me da un subidón, casi una epifanía. ¡Es la provincia! ¡Es la provincia, con sus tipos y caracteres y sus modelos de escritura! ¡Un mundo lento con relieve!

Hace unos días tuve con mi amigo un sueño significativo, porque en mi sueño Virgilio no era exactamente él, aunque el personaje encarnaba las funciones de Virgilio hasta que me desperté. Pero era otro Virgilio, un lechugui-

no vestido de otra manera e incluso con un tono de voz distinto, alelado, muy buena persona y omnicomprensivo. No sé qué consejos me estaba dando sobre mi vida, todos pertinentes. Y me disculpaba de algo que yo había hecho sin querer y podía ser malinterpretado. Ojalá pudiera recordar exactamente de qué hablamos mi amigo y yo en el sueño. El caso es que no era él, y yo pensaba: ¡pues sí que ha cambiado Virgilio!

Mi amigo es del tipo labriego: manos grandes y rostro romantizado por una estirpe de ancestros espirituales, quizá gitanos. La mística de la tierra y de la pequeñez ante el paisaje, nunca llamado paisaje sino acequia, robledal, regato. La ornitología y el *sehnsucht* de la berrea. Además, mi amigo tiene los hombros graves, espalda encorvada y una mente que no ha sucumbido a los nichos del saber.

Todo en los genes de mis compañeros de viaje, la familia de mi diagonal, la ascensión cónica de la coronilla calva, el choro del extremo del vagón, todo me recuerda a mi amigo.

Mientras la madre observa (ahora sí) el erial toledano, papá pasa las páginas del periódico con golpes secos y ese tic de perdiz en la boca. La hija come un bollo de crema con intimidad. Aunque todo es amenazante, todo promete candidez.

Abro *Corrección*. Otra de las digresiones del narrador. Lo cierro. Recibo un SMS: mi amigo quiere saber si he subido al tren de las nueve menos cinco que para en Cerrillo. Si es así, me recogerá en la estación.

La máquina se bloquea con los céntimos. No hay vagón restaurante. Alguien dice: Mañero, no molestes. Mañero es una especie de niño oligofrénico que lleva un rato mirando cómo se me caen las monedas, pero no le da tiempo a decir nada. Por fin sale la chocolatina, y me voy al pasillo a comerla, entre dos vagones.

Viajo en tren y sin ganas de leer. Hacía meses que no tenía tanto tiempo para mirar sin otra intención que la estética, pero al seco paisaje extremeño no le encuentro la gracia. Quizá vivo una existencia intelectualizada. Ni la butifarra de ayer me supo a butifarra. Es un ardor de hoy, pienso. El chocolate, en cambio, deja en las manos restos de azúcares procesados que limpio con el chorrito del único baño del tren.

Cuando vuelvo a mi vagón, una mujer ocupa mi sitio junto a la ventana, y yo me siento a su lado, donde está mi mochila. Calza castellanos con calcetines azules, viste pantalón gris, jersey azul de algodón y una camisa blanca, como una alumna de colegio, pero no debe de ser más joven que yo. A pesar de las marcas de acné, reconozco en ella los rasgos de mi amigo: una piel morena, casi verdosa. También recuerdo el olor de mi amigo. En Budapest lo acompañé a un mercadillo subterráneo a comprar un desodorante que no oliera a macho. De aquel viaje nos quedan los motes que utilizamos cuando queremos ser cariñosos: él me llama Takarito; yo a él, Raktar. Aquellas dos palabras figuraban en el cuarto de limpieza de un hotel. Pensamos que significan Recogedor (Takarito) y Escobón (Raktar), significantes que se adecúan a nuestras características espirituales: pedestre e indiscriminado yo, como un recogedor; y con algo vertical y trascendente mi amigo, como un escobón.

Sigo con Bernhard. *Corrección* es especialmente tedioso: el protagonista ha viajado hasta el Cono, una casa siniestra en medio de la ruidosa garganta de un río. Allí vivió su amigo antes de suicidarse, su amigo Roithamer, una

especie de genio wittgensteniano que le ha legado el manuscrito de su gran obra inacabada. El narrador, con sus habituales digresiones, pero ni pizca de humor esta vez, se ha obsesionado con el manuscrito (que no ha abierto) y con sus caseros, los Höller, anfitriones también de Roithamer. Los Höller encarnan a la típica familia burguesa artística que tanto juego le da a Bernhard en otras novelas, pero que aquí mata de aburrimiento. En un momento dado contengo un ataque de risa y mi mirada se cruza con la de mi compañera de asiento. ¿Eres maestro?, me pregunta. No, soy librero. Y nos ponemos a hablar.

Me dice que nació en un pueblo de Guadalajara, México (soy un gran genetista). No lee literatura, pero sí libros de historia y derecho. Es seglar, dice, profesora de un colegio religioso desde hace menos de un año. En Cáceres, como antes en Tlaquepaque, su lugar de nacimiento, imparte clases en un colegio de monjas franciscanas. Ha venido gracias a una especie de intercambio. Sus monjas cuidan a las madres solteras, las niñas madres, un problema en México. El próximo año regresará a Tlaquepaque y se casará con su novio, que estudia una maestría para abogado.

Por su discurso pensaría que es una persona de izquierdas. Si le da el sol, se vuelve más morena. No suda a pesar del jersey.

—Mi mujer estudió Derecho, pero es artista —digo—. También me caso el año próximo, porque mi mujer no quiere casarse conmigo hasta que no me saque el carné de conducir.

Y de repente estoy hablándole de mi familia, de mi madre y de Javier: acabo de prestarle a mi hermano doscientos euros sin que MJ se haya enterado, y eso que mi hermano trabaja en un *pub* y en una pizzería, turno de noche y turno de mediodía, y pronto comenzará a trabajar en un hotel por las noches. Mi hermano se castiga y se aísla y no